

ñalada; para la ejecución de este plan, que aprobaron los congregados, aunque temiéndolo algunos por descabellado y de imposible realización.

No lo era, sin embargo, para el valiente Cardero, que impulsado por un patriotismo ardiente y desinteresado, contaba de antemano como segura la victoria, confiando en poder alcanzarla sin derramamiento de sangre, y reservándose por único premio el de marchar con sus soldados al teatro de la guerra.

La doble conspiración no podía ser un secreto: Llauder tuvo aviso, el día 17 de que se trataba de promover una bullanga á las seis de la tarde, no de la mañana, del siguiente día, y llamó al capitán general Canterac, á quien dió sus instrucciones. Canterac supo aquella noche la hora verdadera designada para el movimiento, y tomó acertadas providencias para impedirlo, si bien ni él, ni las demás autoridades le daban importancia.

Durante aquella noche, Madrid se divertía en los teatros y en los bailes de máscaras; los ministros, incluso Llauder, invitado por Martínez de la Rosa, acompañaban á Cristina en el Conservatorio de su creación; y los más de los conspiradores dormían. Solo Cardero, que estaba de ayudante de semana, velaba, desplegando una actividad, un valor y una inteligencia incomparables. Vió desbaratados sus planes por las providencias de Canterac, y recibiendo las órdenes de este y del coronel de su regimiento, supo aprovecharlas para llevar á cabo su temerario proyecto. Arrojando mil riesgos con la vida pendiente de un cabello, logró al fin sacar del cuartel de San Mateo 730 hombres, que distribuyó en retenes y patrullas en varios puntos de la capital, reservándose una parte de la fuerza: dió las instrucciones convenientes, y previno á todos que, á la primera campanada de las seis en el reloj de la Puerta del Sol, cayesen sobre el Principal, donde ya estarían con sus patrullas él y el subteniente Rueda.

Todo fué ejecutado puntualmente, según las órdenes de Cardero; el cual, momentos antes de las seis estaba ya en la Puerta del Sol. Rueda, que le precedía con su patrulla, rindió el santo y seña á la guardia del Principal, y se introdujo rápidamente en el edificio, al mismo tiempo que Cardero, acudiendo veloz con su gente, se interponía entre las armas y la tropa de la guardia, impidiéndole tomarlas.

Daban las seis, cuando ya estaba reunida, delante de Correos, toda la fuerza que sacó Cardero del cuartel. Desarmados los oficiales de la guardia, encerrados estos y la tropa que la componía, releváronse las centinelas, se situaron dos compañías en la puerta del edificio, y una en la lonja de San Felipe á la entrada de la calle Ma-

yor, se pusieron avanzadas, y la fuerza restante fué distribuida por el interior del edificio á fin de ocupar los balcones y ventanas. Antes de esto, Cardero hizo distribuir á los soldados una tercera parte de racion de pan y una copa de aguardiente, que fué lo único que pudo comprar con su dinero y el de los sargentos¹, y les arengó fervorosamente, recomendándoles el valor, la disciplina y el respeto á todo cuanto habia en la casa. Los soldados, enternecidos, ofrecieron morir por la patria al lado de su jefe, asomando á sus ojos las lágrimas del entusiasmo.

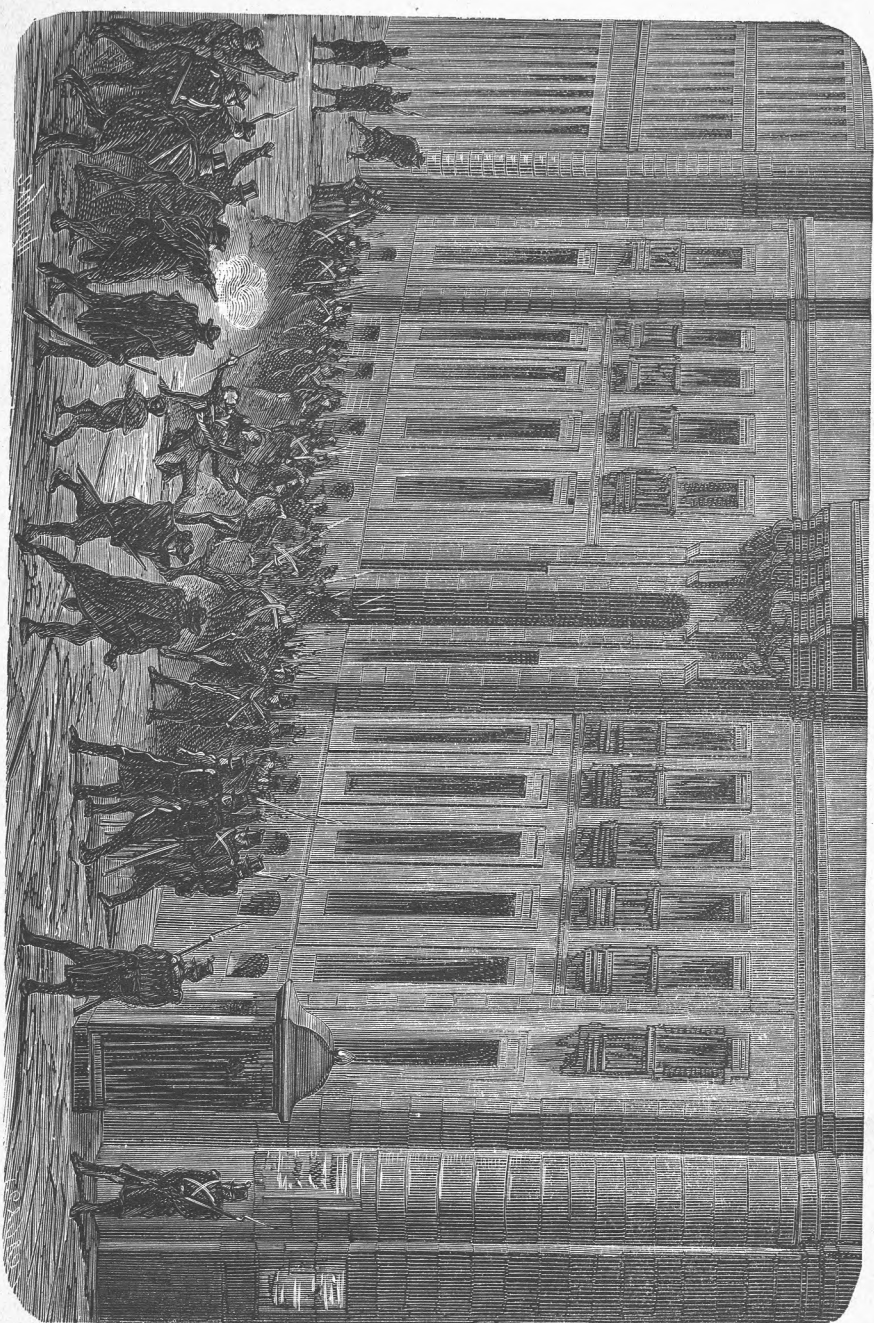
Un accidente deplorable vino á complicar la grave situacion de aquel puñado de valientes. Avisado de lo que pasaba el general Canterac, ó sorprendido por el toque de generala, se presentó á pié delante del Principal. Hablando con Cardero aquella madrugada, le habia dicho: "El próximo dia será de triunfo para las armas de la Reina, pues los anarquistas y revolucionarios recibirán una severa leccion, y el Gobierno podrá seguir su marcha sin obstáculos, acabando hasta con las esperanzas de los demócratas²." Viendo á Cardero, que salió á recibirle, acompañado de un teniente coronel, le reconvino agriamente, diciendo que le habia engañado, y hasta le dió un golpe con el puño del baston; y arrebatado de celo y de ira, se arrojó sobre él y le quitó el sable, sacándolo de la vaina. Cardero tuvo sin embargo, bastante dominio sobre sí mismo para contenerse, y solo dijo cruzándose de brazos:—"Mi general, esa accion no es propia de V. E."

Pero Canterac, sin escucharle, y despues de haber maltratado tambien al teniente coronel, se dirigió á la tropa que estaba formada, mandando á los soldados poner armas al hombro, pegándoles para que obedeciesen, y diciéndoles:—"Matad á esos oficiales."—Ciego de furor, empezó á gritar: *¡Viva el Estatuto!* Pero los soldados contestaron: *¡Viva la libertad!*—Sin saber ya lo que decia, gritó por dos veces: *¡Viva el Rey!* A la segunda, varios tiros de fusil y de pistola, que partieron de un grupo de milicianos y paisanos, le dejaron cadáver. Uno de los tiros arrancó á Cardero parte de la capona, y otro hirió gravemente á uno de sus soldados. Esto prueba que Cardero no tuvo culpa ninguna en la muerte del general: fué una desgracia inevitable.

Canterac debió haber sido preso en su misma casa, como los ministros en las suyas, segun el plan concertado; pero los más comprometidos faltaron á su palabra; todos se acobardaron luego al saber la muerte del capitan general, y Cardero se vió

¹ No le acompañaba más oficial que Rueda: otros que estaban con él comprometidos, debían acudir aquella mañana al Principal, como en efecto lo hicieron algunos.

² PIRALA. Obra citada, de la cual tomamos estos apuntes.



Muerte del general Canterac.

solo con su gente, pero resuelto á morir ó vencer, salvando su honra. Pasaba el tiempo, y ni la milicia ni el pueblo secundaban el alzamiento: las tropas que debian acudir, permanecian en sus cuarteles. El Gobierno pudo prepararse á la resistencia, y Llauder en persona se presentó en la calle Mayor á combatir á los sublevados. Contra ellos acudieron cuatro columnas más por las otras calles; se tomaron los edificios fronteros á la casa de Correos, y á las nueve de la mañana se rompió el fuego, que fué vigorosamente sostenido por ambas partes durante algunas horas.

Llauder tuvo que retirarse contra su voluntad, llamado al Consejo de Ministros. Cardero, entre tanto, y sin que cesara la lucha, redactó una exposicion á las Córtes, dándoles cuenta de lo que deseaban los sublevados, sometiéndose á su decision, y ofreciendo rendirse á ellas; pero no se dió cuenta al Estamento de Procuradores, que se hallaba reunido; porque Argüelles, pensada ó impensadamente, vertió un tintero sobre la exposicion.

El Gobierno tenia contra sí el torcedor de su propia conciencia: conocia que aquella insurreccion era la protesta armada respondiendo á una provocacion imprudente y á una política rastrera, y no osaba tratar con rigor á unos hombres, que aclamaban con el corazon y con el alma á Isabel II y la libertad. Además sabia que la opinion le rechazaba; que la Milicia, si no se habia unido á los sublevados, tampoco les hostilizaba; temia que llegase la noche, y con ella un alzamiento general del pueblo; no contaba con la fidelidad de los demás cuerpos del ejército, que simpatizaban con los sitiados. En tal situacion, se dirigieron repetidas proposiciones de capitulacion á Cardero, que las rechazó todas, proponiendo él mismo las únicas condiciones que estaba dispuesto á aceptar.

Eran estas:

“Que se corriera un velo sobre los acontecimientos de aquel dia.—Que se conservase á todos sus respectivos empleos, sin que se les pusiera la menor nota en sus hojas de servicio ni filiaciones, ni menos se les hiciese ningun cargo por aquellos sucesos.—Que habia de salir al frente de sus soldados con tambor batiente y bayoneta armada hasta fuera de la poblacion.—Que allí, colocándose en el puesto que por su clase le correspondia, seguiria la marcha con sus compañeros de armas al Ejército del Norte, á batirse contra los enemigos de la libertad, para dar dias de gloria á la patria.”

Estas valientes proposiciones fueron aceptadas por el Consejo de ministros, y aprobadas por la Gobernadora, cediendo á la fuerza de las circunstancias, y Car-

dero salió de Madrid aquella tarde, más como vencedor, que como vencido, aclamado por la muchedumbre, llevando su fuerza en correcta formación y tocando la banda el himno de Riego.

Nos hemos detenido en este acontecimiento, calificado desdeñosamente por algunos con el nombre de *el motin de Correos*; porque según el lector habrá observado, tiene en nuestra historia una gran significación política. Deplorable en sí mismo, como ejemplo de insurrección militar, y de ingerencia de la fuerza pública en la marcha de los negocios del Estado, fué sin embargo, un acto de heroísmo, que revela cual era el espíritu del Ejército en oposición con las tendencias del Gobierno. Este marchaba contra la corriente de la opinión, y sufrió una derrota moral y material; mientras que Cardero, representando á esa opinión, se convertía en el héroe del pueblo. El sentimiento liberal y reformista, comprimido y contrarrestado por el poder, acababa de dar el primer estallido, echando por el suelo el prestigio de la autoridad. ¿Qué fuerza bastaría para contenerle en adelante?

Las Córtes vieron las consecuencias de aquel hecho, y la oposición al Ministerio se recrudeció en ambos Estamentos, culpándole por haber transigido con los rebeldes, y por haber dado causa y motivo para la rebelión. Llauder, en particular, vencido moralmente por Cardero, recibió de las cámaras el golpe de gracia.

Uno de los procuradores, García Carrasco, habló de los proyectos que la voz pública atribuía al Ministro de la guerra, diciendo “que causaba horror pensar quienes eran los sujetos designados por él para formar un nuevo ministerio; que se temía fuese sorprendido el ánimo de la Gobernadora para establecer un sistema duro y feroz; que se hablaba de una camarilla dispuesta, como los nuevos candidatos, á pedir la intervención extranjera, y que alguno de ellos estaba en relaciones con personas de alta categoría de París, enemigos de la libertad española, y adictos al partido del deshonor y de la infamia...”, “La variación, añadía, que ha sufrido estos días el gabinete inglés, sirve de apoyo, con otras cosas, *para creer que se trata de protocolizarnos*. Se dice más: que se trata de un matrimonio entre el hijo del desheredado Don Carlos y la reina Isabel. Esto, que á primera vista, parece extraordinario, se verá que no es imposible... Después que se está derramando tanta sangre, ¿qué extraño sería que en las relaciones diplomáticas, con el pretexto de evitar ese derramamiento de sangre, se tratase de protocolizarnos? Es preciso prevenirnos antes que se verifique esto...”

Don Joaquín María López, el conde de las Navas; Alcalá Galiano, el mismo Pa-

larea, Caballero, Argüelles y otros atacaron duramente á Llauder y á todo el Ministerio. En el Estamento de próceres, lo hicieron el duque de Rivas y Gil de la Cuadra, y el Marqués de Moncayo pidió á la cámara que pronunciase la más explícita reprobacion contra los actos de uno de los ministros, y le exigiese por ellos la responsabilidad más severa. “Se cree, ó se dice, añadió, que hay en el gabinete una persona que ha conspirado contra las libertades pátrias que tienen por base el Estatuto Real; que ha querido empezar por derribar á sus dignos compañeros, para zappar despues el edificio social. En discursos pronunciados en el otro Estamento... ha ostentado dicha persona con jactancia, y aun con desvergüenza poco comun, varios servicios cuyo origen habria sido fácil aclarar, como lo es deducir las causas que, para cambiar de parecer, ha tenido el que los exponia.,”

Llauder hizo dimision del Ministerio¹, y se volvió á Cataluña.

III.

Mientras acontecian los sucesos que acabamos de reseñar, continuaba en Cataluña la activa persecucion emprendida contra las partidas carlistas. El batallon de Tiradores permanecia en operaciones por la parte de Vich, prestando los servicios de su instituto, entre esta poblacion y la de Berga, y dividiéndose su fuerza segun lo reclamaba la organizacion de las columnas.

Una de estas, mandaba por el brigadier Munt, alcanzó el 4 de Enero de 1835, á las facciones reunidas de Grau, Badia y Pelegrí, batiéndolas y obligándolas á replérgarse hácia las asperezas del Monseny, donde tenia sus naturales guaridas el primero de los nombrados cabecillas. Iba PRIM con su compañía en aquella columna, é iba triste, aunque su rostro no lo demostraba: solamente sus amigos, acostumbrados á verle siempre alegre y comunicativo, habrian podido notar en él cierta seriedad melancólica, indicio de un pesar interno, que de vez en cuando se manifestaba en la contraccion de las cejas y en el chispear de la mirada. En cuanto se empeñó la accion, el jóven cadete se arrojó con ardor á la pelea; y separado de sus

¹ Por mandado de la Reina gobernadora, extendió él mismo el decreto, y aquella misma noche fué nombrado gentil-hombre de cámara de la reina Isabel, *por un decreto autógrafa* en que decía Cristina, que le concedia la llave «*para darle una prueba de lo que aprecio sus servicios. y de la lealtad con que defiende el trono de mi querida hija.*»

compañeros, viósele á poco luchando cuerpo á cuerpo con un faccioso, que no menos valiente le salió al encuentro: la lucha fué tenaz y porfiada; pero venció el cadete, dejando allí sin vida á su enemigo,¹ y habiéndole costado la victoria el sacrificio de casi todas sus fuerzas.

De vuelta en Vich, celebraban los tiradorss el arrojó de PRIM y su fortuna, mientras este, retraido contra su costumbre, parecia buscar la soledad y el aislamiento. El 8 de Enero, le sorprendió un amigo leyendo una carta: en sus labios pálidos y contraídos se dibujaba una resolucion enérgica, y en sus párpados brillaba una lágrima.

—“¿Qué tienes, Juan? ¿Qué te pasa?,” le preguntó el amigo.—“Nada nuevo, contestó PRIM estrujando la carta y aparentando serenidad. Ya sabes que murió mi padre...” —“Sí, repuso el amigo: ya sé que ha muerto del cólera en Barcelona; pero no hay más que resignarse.” —“Resignado estoy, dijo PRIM con viveza. Entre tanto, mi madre queda con tres hijos; y yo, que debiera ser ahora el padre de la familia, me encuentro hecho un cadete, con muchas ilusiones, y sin poder seguir la carrera... Luego, esto vá largo: lo que aquí se hace no es guerra...: subir y bajar montañas... perseguir foragidos, que huyen y se esconden á los primeros encuentros... Ya puede uno matarse, ó hacer que le maten: aquí no hay gloria ni porvenir.” —“Te veo desanimado,” replicó el amigo.—“Eso no: ya he tomado mi resolucion: déjame.”

Dichas estas palabras, desplegó PRIM la carta que estaba leyendo cuando llegó su amigo, (carta de su afligida madre), y al pié de ella escribió el borrador de una instancia solicitando el empleo efectivo de subteniente, “con destino al ejército del Norte, por ser allí donde existia el verdadero peligro, y donde mayores pruebas podia dar el recurrente de los sentimientos que le animaban en favor de la causa de S. M. la Reina.” Exponia los servicios de su padre, y los que llevaba prestados él mismo, condoliéndose de que fuesen tan pocos, á pesar de sus deseos, y protestando de que nada pediría, si no le obligase á ello “la imposibilidad de sostenerse en su carrera, por haber quedado su madre viuda y con otros dos hijos.”

Esta instancia, hecha en nombre de Don *Antonio* JUAN PRIM, fué remitida con apoyo al Gobierno, en 14 de Enero, por el Capitan general interino de Cataluña; pero quedó olvidada en el Ministerio de la guerra. Los sentimientos que revela honran, sin embargo, á su autor, que á la sazón cumplia 20 años: noble ambicion de distinguirse; decision por la causa que habia abrazado; teson para vencer los

¹ Este faccioso se llamaba Pedro Sanmartí.

rigores de la suerte, y todo esto dominado por el amor filial, que imprimía el sello del desinterés á su demanda. No le fué concedida, quizá por efecto de las circunstancias políticas que, en aquellos momentos, no permitían atender á nadie, y menos á un humilde cadete; pero entonces iba á formalizarse la guerra en Cataluña, y el cadete supo abrirse camino por sí solo.

Diríase que los carlistas, derrotados en todo el distrito catalán, solo aguardaban el regreso de Llauder al antiguo Principado para ostentarse fuertes y tomar la ofensiva. El 3 de Febrero reasumió el mando del ejército de Cataluña aquel personaje, diciendo desde Lérida: "Vuelvo á este suelo, para mí tan grato, á continuar al frente de vosotros para *afirmar la paz y sosiego que disfrutais, conservando la pública tranquilidad;*" y el 9 luchaba el canónigo Tristany, á la cabeza de 350 hombres con la columna móvil de Sanahuja, sufriendo escasa pérdida, y retirándose en buen orden; el 10 eran atacados cerca de Valls, por 200 carlistas, 65 soldados de Saboya, que escoltaban un comboy de caudales, y supieron heroicamente defenderlo; y otras partidas más ó menos fuertes invadían el portazgo de Siraña; desarmaban á los urbanos de la Garriga; ponían en aprieto los pueblos de Oliana y de Figuerola; prendían alcaldes; hacían y fusilaban prisioneros.

A principios de Marzo, ya no se hablaba de partidas, sino de facciones: el Ros de Eroles, batido y dispersado por fuerzas combinadas superiores á las suyas, volvía muy pronto á presentarse y á medir sus armas con las tropas de la Reina. El Muchacho caía sobre el destacamento de la Abadía de Sin, haciéndolo prisionero, y derrotaba una partida cerca de Manresa, dando muerte desapiadada á catorce soldados de quince que se le rindieron. Al mismo tiempo se preparaba una emboscada cerca de Avinyó á otro destacamento de urbanos que pasaba de Sallent á Olot, pereciendo acuchillados casi todos, excepto algunos que, tenidos por muertos, quedaron en el campo.

Desde que llegó á Barcelona, conoció Llauder que había perdido su prestigio entre los liberales, y que las disensiones de estos eran hábilmente fomentadas por los carlistas ó sus agentes. Sorprendióle á poco el ver aumentarse rápidamente las facciones, creciendo en número y osadía, y tomó providencias para combatirlas, marchando él mismo á la montaña. Pero sus disposiciones no llevaron esta vez el sello del acierto: su mayor preocupacion era quizás la actitud de los liberales, á quienes importaba mucho refrenar, siguiendo la política errónea, que inauguró Zea Bermudez, y que ya comenzaba á dar frutos amargos. El autor de la exposicion á

la Reina contra la política de aquel ministro; el que habia condenado, como peligrosa, la pretension de que "la ley valiese para la defensa de los derechos del trono, dejando sin proteccion alguna los de los pueblos,," ahora exigia los sacrificios de estos como un simple deber de vasallaje.

Es cierto que Llauder desplegó una gran actividad militar, adoptando algunas providencias útiles, como el reclutamiento de migueletes, la organizacion de las partidas de guias y de las compañías de corregimiento; pero su sistema en general fué deplorable para la causa liberal y el más á propósito para dar incremento á las facciones. No pretendemos culparle de intencion; preferimos creer que se equivocó, desconociendo la índole de aquella guerra. Puso todo su conato en establecer líneas fortificadas, lo cual no seria en modo alguno censurable, si al concentrar las fuerzas en los puntos que aquellas abrazaban, no hubiesen quedado los más de los pueblos huérfanos de defensa, y expuestos á ser presa de las bandas carlistas, que impunemente los saqueaban á la vista muchas veces de la tropa, la cual tenia orden de no abandonar los fuertes. Así, las poblaciones desatendidas, ya fuese por temor ó por simpatía, prestaban auxilio á la faccion y engrosaban sus filas.

Por otra parte, la Milicia urbana era distraida de su principal objeto; y aunque se utilizaban sus servicios en campaña, siendo, como era, el agente más eficaz y decidido por la causa liberal, sin embargo, se la anulaba en gran manera, llevándola á guarnecer puntos distantes de su domicilio; sistema que, si acaso tendia á debilitar la fuerza de que pudiera disponer el elemento revolucionario, imponia por otro lado sacrificios tan gravosos como estériles. Los urbanos de Barcelona, por ejemplo, daban la guarnicion á Cervera y Manresa; los de San Andrés, á Viladrau; los de Mataró, á la Garriga; los de Reus, á Horta, que dista quince leguas, y así de los demás, exponiéndolos á caer en emboscadas, y á perecer acuchillados, como sucedió á los de Sallent, á los de Camarasa, Reus y otros puntos. De aquí el sangriento encono con que desde entonces se hizo la guerra; de aquí las atroces represalias y los actos de salvajismo que muy luego se cometieron; de aquí el desbordamiento de las iras populares.

Pero no anticipemos los hechos. A mediados de Marzo, las facciones se presentaban ya imponentes en el Principado. El cabecilla Caballería, que hasta entonces apenas habia figurado como partidario, apareció con fuerzas considerables á la izquierda del Ter. Salió á su encuentro una columna mandada por el brigadier Munt, y compuesta del batallon de Tiradores, dos compañías del regimiento de América y

la de granaderos de los urbanos de Vich, y la alcanzó en San Quirce de Besora.

Era el 14 de Marzo: por primera vez iba PRIM á tomar parte en una accion formal y reñida; pues no bajaban de dos mil hombres entre ambos campos los que se hallaban frente á frente, y el enemigo, colocado en fuertes posiciones al otro lado del rio, se preparaba á disputar la victoria. Sin pérdida de tiempo, el jefe de la columna ordena su gente, manda desplegar las guerrillas y dispone el ataque. Porfiada y tenaz fué la lucha por una y otra parte: valientes y animosos peleaban los voluntarios carlistas; pero bizarramente y llenos de entusiasmo les combatian los urbanos de Vich, al grito de ¡Viva Isabel II!; y eficazmente apoyados por los Tiradores, consiguieron desalojar á sus contrarios de las primeras posiciones. Cargó la demás fuerza y el combate se hizo general. Los carlistas hubieron de ceder, al fin, abandonando el campo con pérdida de unos veinte hombres y varios bagajes, y apelando á su sistema de dispersion, que parecia derrota, y era la táctica que observaban para evitar la persecucion.

El triunfo quedó por las armas de la Reina: contentos lo celebraban aquel dia los valientes soldados que á él habian contribuido, y con ellos los vecinos del pueblo testigos de su bravura: todos habian cumplido con su deber, y sin embargo, todos se olvidaban de sí mismos y se deshacian en alabanzas de uno solo. ¿Quién era? Claramente lo dijeron los urbanos de Vich, que se habian portado como leones: al tratarse de recompensarles, llamaron al cadete PRIM, y poniéndolo delante, clamaron á una voz: ¡Nada para nosotros!.. ¡Todo para este! ¡Viva el cadete PRIM!

No era extraño que aquellos valientes dieran tan señalada muestra de distincion y aprecio al jóven héroe: habíanle visto arrostrar el peligro con una serenidad sin igual; proceder como un jefe experimentado, indicando con el gesto y con la mirada los momentos propicios de acometer, sin desviarse de sus filas, y trepar el primero las posiciones ocupadas por el enemigo, hasta cruzar con él la bayoneta; y tanto arrojo, tanto valor y bizarría en tan pocos años, unido á una figura simpática, delicada, flexible, más parecida á la de una dama, que á la de un soldado, eran motivos más que suficientes para despertar su admiracion. Pero este sentimiento irreflexivo no era lo único que les movia: pagaban un tributo de justicia, y así lo demostró el jefe de la columna consignando en el parte detallado de la accion de San Quirce, que "creia de su deber citar, entre los que más se habian distinguido en aquel reñido combate, al valiente cadete de Tiradores Don JUAN PRIM, á quien consideraba digno de ser recomendado especialmente.,

Un mes más habia de transcurrir para que el jóven cadete consiguiese lo que tanto deseaba. Durante este tiempo, las facciones, algo retraidas, solo de vez en cuando se dejaban ver para dar algun atrevido golpe de mano, entrando por sorpresa en varios pueblos, como sucedió en Monistrol de Caldas y Llagostera, en Piera y en Santa María de Corcó. Grau, uno de los cabecillas más indómitos é independientes, favorecido por los pequeños pueblos que tienen su asiento en las faldas del Monseny, reclutaba gente, imponia tributos, y se preparaba á ser el terror de aquella comarca, pagando con ingratitud y con crueldades á sus mismos favorecedores. Tristany sufrió algunos encuentros por la parte de Cardona, y otros caudillos recorrían el pais con varía fortuna.

Entre tanto, Caballería, repuesto de su anterior descalabro, se presentó de nuevo en la alta montaña; y noticioso de sus movimientos y correrías, el brigadier Munt volvió á salir en su persecucion con cuatro compañías de Tiradores, tres de América y dos de urbanos de Vich. El 12 de Abril llegó la columna al paraje llamado Coll de Grat, cerca de Ribas, donde se hallaba la faccion descansando en el fondo de un valle. “¡Hoy es la mia!”, exclamó PRIM, corriendo á incorporarse á las guerrillas, mientras el grueso de la columna se disponia para el ataque bajando la montaña. Roto el fuego, y antes que los facciosos pudieran organizarse para la resistencia, ya el intrépido cadete, seguido de dos parejas decididas, estaba sobre ellos, y conseguia apoderarse del caballo del cabecilla y de cuatro mulas, llevándoselos como presa y trofeo de su temerario arrojo. Empeñada entre tanto la refriega, volvió PRIM al combate, del que fué necesario retirarle á poco, herido, aunque no de gravedad, en el costado izquierdo. Los carlistas no pudiendo sufrir esta vez el ímpetu de los *crístinos*, huyeron precipitadamente, y la columna volvió á Ripoll, donde quedó PRIM curándose su herida, y donde á los pocos dias se le comunicó la noticia de su nombramiento de subteniente de infanteria.

Dos meses permaneció nuestro novel oficial en aquel pueblo, depues de los cuales se le destinó á continuar provisionalmente sus servicios en una de las compañías del corregimiento de Santa Coloma de Farnés, donde luego le encontraremos.